

— Conchita, es inútil toda resistencia.

En último resultado, después de comer ó somos dos buenos amigos, ó me despediré de usted para siempre.

—Es que ni por un momento consentiré en que esta escena se prolongue.

—Celebro que haya usted tomado esa resolución, porque el cambio me será favorable.

—Ya basta, dijo Concha golpeando el suelo con su pequeño pié. Ordene á usted que salga.

—Tengo el sentimiento de desobedecer á usted.

—¿Pretende usted acaso conquistar mi aprecio por medio de una conducta tan extraña y tan inconveniente?

—Precisamente.

—Hasta ahora no se ha hecho usted acreedor más que á...

—¿A qué?

—¡A mi odio!

—Ya es un paso. Si usted se estuviera riendo, me vería tentado de plegar mis banderas; pero empieza usted por odiarme y el odio es una de las puertas del cariño.

—No he de amar á usted nunca.

—Usted se engaña.

—Detesto á los hombres fátuos.

—Pero la fatuidad es un defecto que desaparece en la primera transacción, y sobre todo, Conchita, todo lo que estoy haciendo es incoherente, descabellado, torpe, si se quiere, pero usted tiene la culpa.

—¡Yo!

—Usted me ha enloquecido con sus ojos, y por la primera vez en mi vida siento en mí los efectos de una verdadera pasión. Si yo perdiera la esperanza de ser amado por usted, me suicidaría.

—¡Qué horror! dijo Concha en tono de profundo sarcasmo.

—Búrlese usted de mí, pero no hará más con esto que exarcebar mis sentimientos; desprécieme usted pero no conseguirá más que poner á prueba mi constancia, porque lo que pasa aquí no es una burla, no es un entretenimiento, es una resolución irrevocable, porque nace de mi profunda convicción y de mi amor, de un amor que he sentido desde que la ví á usted por la vez primera.

—¿Dónde? preguntó Concha sin reflexionar en lo que hacía.

—En el teatro, contestó el general, reanimado con la pregunta de Concha; aquella tarde iba usted vestida de azul, estaba usted encantadora, y desde entonces no he podido olvidarla, la he seguido á usted por todas partes, he rondado al pié de su balcón y me

había conformado con ver á usted de lejos y con amarla en secreto; pero cuando he sabido la desgracia de usted y he contemplado su situación, me he decidido á dar este paso, á arrostrar hasta con su cólera, pero para poderla decir que no está usted sola en el mundo, que hay un hombre que vela por usted y que la protegerá y la cuidará en todo tiempo; y si mis palabras en nada logran conmover su corazón, me conformaré con ser su protector, su padre, su escudo, aunque usted no llegue á amarme nunca: no osaré por otra parte colocarme en otra posición ni recibir de su cariño ó de su desprecio más que lo que la voluntad de usted me otorgue libremente. Si algún día llega usted á tener piedad de mí, lucirá ese día para mí como la aurora de mi felicidad, y si jamás llego á tocar esa dicha me resignaré con mi suerte,

pero tendré el consuelo de amar á usted como nadie la ha amado en el mundo.

En seguida reinó en la habitación un silencio solemne.

Concha estaba leyendo en un gran libro, dejando atrás la historia de Arturo como un prólogo inédito.

El general había sabido dar á su voz esa entonación conmovedora de la pasión, y no en vano la oratoria cuenta más triunfos que la verdad y la justicia.

Los actores de la comedia humana se disputan, como los pájaros, la supremacía en las inflexiones de la voz.

La elocuencia de los sonidos está elevada al rango de arte divino.

¿Qué mucho que los cómicos sociales enumeren sus triunfos, sus cadencias, á sus entonaciones y á su conforme á *juego de garganta?*

Concha estaba abismada, y toda la pernicioso influencia de la vanidad y el orgullo la orillaban á una caída segura.

—Después de una larga pausa Concha exclamó:

—¡Estoy sola en el mundo!

—No, Concha, no está usted sola desde el momento en que ha sabido inspirarme una pasión que no acabará sino con mis días.

Los criados de la fonda se presentaron de nuevo trayendo la comida.

Concha al levantar la cara encontró la mirada suplicante del general.

Uno de los criados destapó la sopera.

El general, viendo que Concha no se sentaba, hizo una seña á los criados para que se retirasen.

Cuando estuvieron solos el general continuó:

—Ruego á usted de nuevo, Concha, que acepte este asiento, me someto á sus fallos, estoy pronto á obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

¡Gracias! dijo el general con una efusión de ternura increíble.

Los criados se acercaron para hacer platos.

Concha fingía comer.

El general había abierto una brecha: el gallo había luchado como valiente.



CAPÍTULO VI

Los pollos fritos

Las primeras diligencias judiciales acerca de Pío Blanco, habían dado ya lugar á que por la secuela de la causa se viniera á resolver la importante cuestión de la pena.

Al llegar las cosas á este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un *rum rum* fatídico había resonado como el graznido del gavián sobre la cabeza de los pollos.

Este *rum rum* era esto: la última pena.